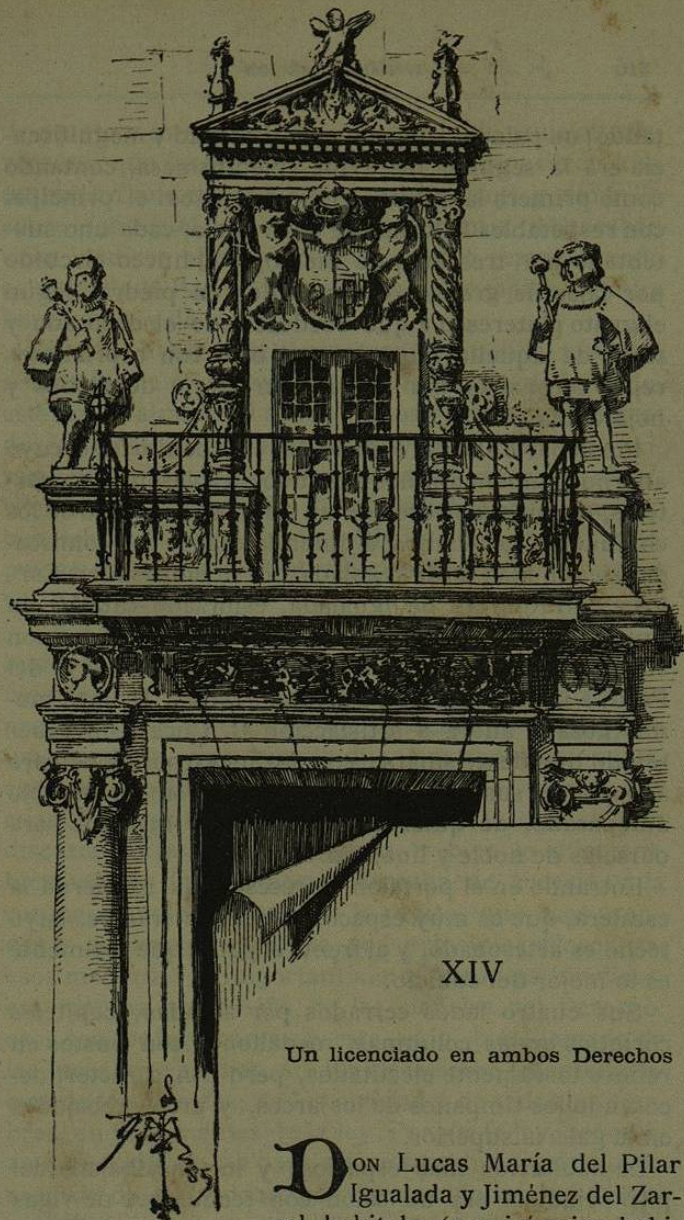


ciendo pucheros, porque le daba mucha pena marcharse de allí, donde tan bien se encontraba, é irse al pueblo donde la esperaba aquel novio á quien no quería. La tía la consoló, y prometió, por último, valerse de alguna traza para traerla á su lado, no ya de temporada sino para *in eternum*.

Luego, Tomás vió desde el tejado del palomar (adonde se encaramó con pretexto de poner una nueva jarra que sirviera de señuelo á las palomas), vió, decimos, al señor Homobono que se llevaba á la sobrina, y con ella su alma y su vida. Pero, ¿qué remedio? No pudo otra cosa que echar cien maldiciones al viejo, saludar á Manuelilla con la mano, recibir la última mirada de ésta, y verla cómo gustaba del buen olor del tomillo silvestre; seguir luego el paso de las dos cabalgaduras con la vista, y después... guardar en su corazón como en un arca cerrada y sellada los juramentos que la había hecho él y los que le había hecho ella.



XIV

Un licenciado en ambos Derechos

DON Lucas María del Pilar Igualada y Jiménez del Zarzal, habitaba (y quizás siga habi-

tando) un palacio, que por su antigüedad y magnificencia era la segunda maravilla villembrinesa, contando como primera la iglesia. Tiene dos pisos: el principal con respetables balcones de gran vuelo, cada uno sustentado por tres eses de hierro, y el hueco circuido por fajas de grotescos, esculpidos en piedra, según el gusto plateresco á que obedece todo el decorado y traza de aquella fábrica; y el bajo con caprichosas rejas coronadas por elegante crestería de bichos y hojarasca.

Por la parte alta del edificio corre un bonito friso, cuyo adorno componen niños desnudos y blasonados cuarteles, timbres gloriosos de un esforzado caudillo de los comuneros castellanos, á quien la casa le fué confiscada, siendo más tarde regalada por el emperador Carlos á don Rodrigo de Igualada, esforzado catalán, en premio de sus servicios á la patria, confirmados con su sangre vertida en la conquista del rico imperio del Perú, á las órdenes de Francisco Pizarro. De este momio gozaba ahora á satisfacción D. Lucas, sin haber tenido que descrismarse con los incas peruanos para apropiarse sus riquezas, como aquel su memorable antepasado, de quien no se acordaba más que para dárselas de noble y linajudo.

Entrando en el portalón, ofrécese á la izquierda la escalera, que es muy espaciosa, de dos tramos, cuyo techo es artesonado, y al frente el patio, que realmente es lo mejor del edificio.

Sus cuatro lados cerrados por arcadas, capiteles corintios en las columnas, medallones con bustos en relieve toscamente ejecutados, pero con carácter, decorando los tímpanos de los arcos, y arcos rebajados en la galería superior.

La habitación más espaciosa y mejor alhajada del piso principal era un salón con techumbre de vigas oscuras, ornamentadas con modillones figurando hojas

de acanto y muros blancos con zócalo de azulejos tala-veranos que formaban cuadros de composición, con figuras en que campeaban los colores azul y amarillo sobre fondo blanco. En dichos muros destacaban unos cuadros al óleo de poco mérito representando asuntos de la Pasión, y doradas cornucopias de muy buena talla y de estilo Luís XV.

En esta habitación, mientras Manuelilla y su tío subían hacia el pueblo, entre seis y siete de la tarde, estaban el alcalde, el señor Frutos y el cura, arrellanados en sillones de cuero, anchotes, de respaldo apaisado con gruesos clavos dorados, escuchando al recién llegado vástago de Igualada y licenciado en ambos Derechos por la universidad de la corte, el cual, puesto en pié en actitud enfática frente á sus oyentes, hablaba así:

—No hay más que lo que ustedes oyen. Aquí, en el lugar, todo son rutinas; pero los grandes principios filosóficos, los modernos estudios jurídicos, la marcha progresiva de las ciencias del Derecho, no les quepa á ustedes duda, y yo, bien lo dije, por repetidas veces, en el Ateneo-Jurídico-Científico-Literario, bien lo dije cuando discutimos el divorcio y bien lo dije cuando discutíamos la libertad religiosa, y bien lo dije también cuando discutíamos el derecho de sucesión á la corona; bien lo dije y ahora lo repito, que esos grandes y sublimes (así decía yo) principios filosóficos, esos modernos é importantísimos estudios jurídicos, esa marcha progresiva de las ciencias del Derecho: esos son los luminares de este siglo, bien llamado de las luces, que arrojan su luz clara sobre las inteligencias de los filósofos, de los juristas y de todos los hombres, en fin, amantes de la ley. Porque la ley, señores, en un estado, en un país, en un pueblo; es el vínculo sagrado de los ciudadanos, como dijo en las Cortes constituyentes un eminente orador, honra y prez de la tribuna española.

El fogoso orador era un villembrinés que encubría muy mal el pelo de la dehesa con el peinado chulesco de persianas *corridas* que gastan en Madrid algunos señoritos, y vestido con traje de americana color canela y corbata verde con lunares negros y amarillos, todo lo cual daba golpe y pasaba por de última moda en Villembrines, pero era asaz vulgarote y cursilón en la corte. El rostro, aunque tosco y moreno, estaba agraciado por muy buenos ojos negros como el pelo y por escaso bigote, que sin darle todavía aspecto muy varonil, revelaba el naciente vigor de la juventud; pero en realidad Esteban no era guapo, pues había en su porte y en su expresión el empaque orgulloso propio de su casta y de su genio vivo y dominante.

—Pues hijo—le decía el dignísimo farmacéutico señor Frutos—eso será así allá en vuestros congresos y ateneos; pero yo te digo que lo que es que Juan y Pedro y Felipe todos puedan convertir á su vecino moro, ó protestante, ó chino, no paso por ello: ea, que no paso; y digo que eso en todas partes es una solemne barbaridad.

—Pero su señoría, señor don Ildefonso Ruperto Frutos, no sabe que, según los principios democráticos, el pensamiento religioso debe ser libre; y la Escuela Positivista bien lo tiene probado...

—Pero, muchacho—objetó el cura—¿qué significa eso de la *Escuela Positivista*? ¿Qué sacrilegiote es ese de que el pensamiento religioso debe ser libre?

—¡Ah! ¡Cómo se conoce que no viven ustedes en el movimiento reformador, en el gran movimiento social! Hoy día, ningún hombre de creencias y de convicciones (hablo en el concepto filosófico), puede dejar de pertenecer á éste ó al otro bando. Y así, el uno pertenece á la escuela Ultramontana (estos son los beatones y escrupulosos), otros, los que se dicen católico-liberales, pertenecen á la escuela Espiritualista, y

todos los que aspiramos ante todo á la buena organización del país en que vivimos (el país considerado como Entidad Jurídica, ya me entendéis), todos los que aspiramos á todo eso, somos de la escuela Positivista.

—El diablo que te entienda con esa carcamusa de las escuelas. Tú sabes mucho; pero vamos á ver, señor licenciado, ¿cómo puede ser aquí ni en Francia, que cada cual pueda convertir turco ó protestante á cualquier hijo de vecino? Se me figura que esos pensamientos tienen poco de santos.

—¡Ay, señor don Ezequiel de mi alma! ¡Cómo se conoce que ignora su señoría que el derecho positivo se funda en los hechos, y que los hechos dicen muy alto lo conveniente de esa libertad del pensamiento...

—Dale con la libertad del pensamiento!—interrumpió el señor Frutos.

—Pues claro, ustedes no se han penetrado de la importancia de estas cosas, y por eso se asombran. ¿Pues qué me van á decir si les hablo del hecho por todos defendido dentro del terreno jurídico, por todos digo, del derecho pleno que asiste al marido cuando comete homicidio en la persona de su consorte si ésta le fué infiel? Y aquí venimos al gran tema, al tema universalmente discutido y que tanto preocupa en la actualidad á todos los pensadores: el adulterio y el divorcio.

El cura se santiguó.

El señor Frutos repuso:

—Otra barbaridad, pues aunque mi Robustianita no me ha faltado en tanto así, y en buena hora lo diga, ni me faltará, y que de ser al contrario no sé lo qué haría con ella, eso que dices, en todas partes está muy mal, y por lo tanto no debe predicarse como ley.

—Usted mismo lo dice: no sabe lo qué haría—excla-

mó lleno de orgullosa satisfacción el jurista demagogo. —Los hechos no se desmienten, y el positivismo se funda en los hechos.

—Pero, hijo, ¿qué ciencias son esas que has aprendido tan endemoniadas, que no parece sino que el propio Lucifer sopló semejantes atrocidades en los oídos de los catedráticos. ¡Válgame Dios! ¿Tú sabes bien lo que dices, muchacho?

—Señor cura, usted no sabe lo que en el concepto jurídico es una acción punible.

—Yo no entiendo esas palabrotas, ni quiero, pero sí sé, y esto es más claro que la luz, que el quinto dice: *no matarás*.

—Bien, eso es en el Catecismo que se da en la escuela, pero en el terreno de las ciencias del Derecho es otra cosa; en el terreno de las ciencias del Derecho toda acción punible debe ser castigada; y ¿quién más propio que el ofendido para castigar al ofensor? ¿quién con más derecho ni más autoridad?

—Hijo, no lo tomes á pechos, y mira que estás discutiendo con el señor cura—dijo don Lucas, que hasta aquel punto había estado en éxtasis, suspenso y sin habla ante aquella verbosidad ciceroniana, ante aquella calabaza con birrete.

—Nada, Estebanillo—repuso el tonsurado—todo eso son doctrinas del siglo, y en el siglo todos quieren tener razón y ninguno la tiene, y todos quieren saber lo que nunca puede saber el hombre. Yo á lo mío me atengo. Todas esas carcamusas me huelen á que por ahí, por esas Universidades, anda suelto Lucifer engañando á los sencillotes como tú.

—Y lo mejor—añadió el señor Frutos—es que nos quieren engañar ellos á nosotros también. Y luego paguen ustedes contribuciones, que lo exige la Patria, y dé usted mozos para el ejército, que la Patria se está dando de estacazos con Perico ó Melchor, y por fin de

fiesta cómase usted los codos. ¡Hombre, que no comulgamos con ruedas de molino! A mí no me vengan con retóricas.

—¡Oh, señor Frutos!—exclamó el orador creciéndose con el boticario ya que con el cura no podía.—Usted no es buen ciudadano, usted no ama los santos principios de igualdad y fraternidad, usted no es capaz de sacrificarse en aras de la Patria. ¡Usted no merece el nombre de español!

—¡Otra! ¿pues he nacido yo en Francia?

—Si no es eso...

—Pero, muchacho—gritó el cura con marcado disgusto.—¿Tú también hablas de igualdad y fraternidad como el diputado aquel que nos sacó los votos por la fuerza el año pasado?

—La igualdad, la igualdad—repitió el señor Frutos;—justo: que paguemos los contribuyentes y que suban los que puedan; que triunfen ellos y al prójimo darle contra una esquina. Ya puede volver el tal candidato con que le demos votos, que lo que es yo...

—Desengañense ustedes, que la igualdad es uno de los primeros elementos para gobernar.

—Pero ¿qué igualdad es que yo me esté tranquilo disfrutando mis bienes, y venga Juan ó Pedro y me saque contribución, obligándome así á que si este año sembré como cinco, el que viene no siembre más que tres? ¿Y que mientras yo pago y me arruino, Juan ó Pedro se coman el provecho de mis haciendas?

—Claro—dijo con irónico énfasis y posesionándose de su papel el representante de las ideas reformadoras—claro; con hombres como ustedes, refractarios al progreso, que no entienden la libertad...

—¿Que no la entiendo? Mira tú si la entiendo, que me quejo porque me quitan lo mío.

—Les digo a ustedes que no entienden ni quieren

entender la libertad. ¡ Cuando todos los ciudadanos debían sacrificarse por ella! ¡ y sacrificarse por la fraternidad! ¡ y sacrificarse por la igualdad!

—Pues venga acá, mi licenciadito—dijo el cura con singular complacencia—que ahora sí que le voy a poner entre la espada y la pared: ¿ qué me dice del servicio militar? Ahora me lo cogen y me lo tallan, y se lo llevarían a servir, si no fuera porque su papá, mi señor don Lucas, aflojará la mosca; pero el que no pueda, amigo... ese irá a cargar con el chocho. ¿ Y qué igualdad es ésta, señor licenciado? Luego por defender a éste, ó a estotro que es más lindo, se me llevan un puñado de mocetones que hacen buena falta en el campo; y dígame, señor positivista..... ¿ no es esto robarnos unos brazos que son el sostén de muchos hombres pacíficos? ¿ Y a esto lo llama igualdad su merced?

—Pero su señoría no tiene en cuenta que esos brazos los reclama la Patria, que gime bajo la terrible desventura de una guerra fratricida?

—Tate, tate con la guerra. ¿ Y por qué no va usted allá?

—¡ Toma! Porque yo, un licenciado en Derecho Civil y Canónico, no sirvo para pelear, ni para eso he estado en Madrid quemándome las cejas.

—Pues entonces ahí lo tienes: tú tampoco eres español, ni amas la igualdad, ni la fraternidad. No buscas más que tu provecho. Todo eso es lengua. *¡ Vanitas vanitatum et omnia vanitas!*

Y así diciendo el cura púsose en pie, arregló el manteo, tomó su teja y se marchó, dando por acabada la discusión. Los demás también se levantaron, no sólo para despedir a don Ezequiel, sino también porque en tal punto llegaron varias personas que venían a saludar al licenciado, y entre ellas los Horcajos (así llamaban en el pueblo al Homobono y su consorte, por

más que ese apellido sólo le perteneciera á ella). Manuelilla venía muy maja. El licenciado clavó los ojos en ella.

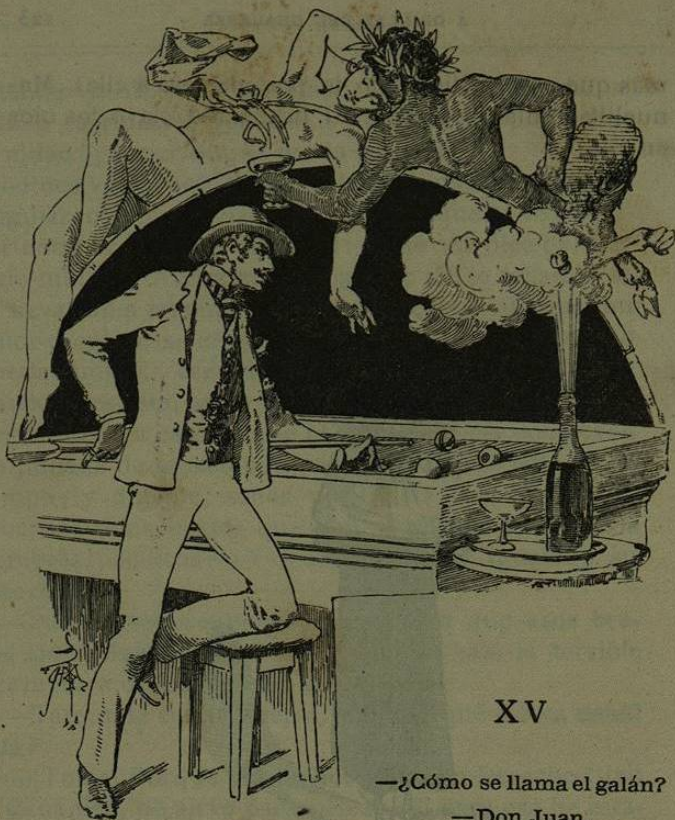


y frecuentes son en la corte! émulo de Tenorio, traía su cartel de enamorado donde se ostentaba la frase:

«Desde la princesa altiva
á la que pesca en ruín barca,
no hay hembra á quien no suscriba.»

Y aunque las altivas princesas no habían pasado de la categoría de costureras de las que mariposean por las calles del Carmen y de la Montera, ó de la de sílfides desconocidas que brindaban los placeres del amor libre en los bailes de máscaras de la Zarzuela, ni las que pescan en la ruín barca del pecado, deslizándose por el arroyo desde el oscurecer hasta las tres de la madrugada, habían sido otras que las venus flamencas envueltas en el mantón, dispuestas á dar una de cuello vuelto á todo el que las armara bronca, Esteban se creía dueño de una experiencia tal acerca de la mujer, que le parecía estar en lo cierto juzgando *por un rasero á justas y á pecadoras*, como dice aquel rey Felipe galanteador en una famosa comedia. Además, él que había ganado reñidas partidas de carambolas mientras sobre el tablero verde de la mesa del billar se cruzaban, á la par que las bolas, las máximas y doctrinas del galanteo con que el hombre se envanece siempre de su pretendida superioridad sobre la mujer, ¿cómo no considerarse vencedor de aquella inocente lugareña, que aun antes de verle debía sentirse fascinada por la aureola formada con los oropeles de la galantería y de la oratoria académica que traía de la corte el joven licenciado?

Ilusiones juveniles; el Esteban era un buen muchacho, si orgulloso y con sus ribetes de calaverilla, al cabo, buen estudiante; es cierto que no brilló por su aplicación, ni por su saber, ni por su talento; era un adocenado; pero tenía desenvoltura y viveza que su-



XV

—¿Cómo se llama el galán?
—Don Juan.

No es de sospechar que San Antonio estuviera en el ajo concertado entre los Horcajos y el señor Igualada. Esteban venía solo, y llegaba tarde; pero ignorante de la protección dispensada por el santo bendito al bueno de Tomás, creía tan de veras en su buena estrella, ó mejor en lo irresistible de sus finezas de Tenorio, que le parecía á él, antes de empezar el ataque, más apropiada que para el mismo César la orgullosa frase, *veni, vidi, vici*. ¡Quién podía con él!... ¡Él, harto de vencer en las lides amatorias que tan fáciles

plieron la falta de otras cualidades. De aquí la elocuencia universitaria de que acababa de dar muestra.

—Hola, hola, Esteban—exclamó el señor Homobono—¡Qué majo viene, cómo se le conoce que ha estado en la corte! Señor don Lucas, esto se llama un mocetón de buena ley.

—Amigo—dijo la Antonia—y qué bien que le ha pintado Madrid! ¿Cómo te ha ido?

—Está tan crecido ya—añadió Homobono—que casi, casi, da cortedad el tratarle de tú.

—Pero, bah—repuso la Antonia—como que le ha visto una de nacer... Además que como quizá dentro de poco le miraremos como á hijo...

—Pueden ustedes tratarme como gusten. Con toda confianza.

—Pero, chica, acércate á saludar á tu prometido. ¿Por qué te estás apartada como gatito criado en desván?

Manuelilla se acercó avergonzada. Venía muy compuesta con vestido azul y pañolito de talle de tela blanca con flores estampadas.

Esteban creyó conveniente hacer gala de su práctica y donaire en el oficio de galanteador y exclamó:

—¡Olé, buena moza! ¿Cuántos saleros vertió el cura en tus labios cuando te bautizó? Porque, hija, ni medio ha quedado para las madrileñas. ¡Bendita sea tu mare! como dicen por allá en la tierra de María Santísima.

Todos rieron el dicho menos la interesada.

—Mira, mira, ¿qué te parece si sabe requebrar el rapazuelo?—dijo la Antonia.

Y pellizcando á la muchacha á hurtadillas de los circunstantes, añadió entre dientes con cólera mal reprimida:

—Pavisosa... saludale, di algo.

—¡Cómo se le conoce que viene de entre gente par- leral—dijo el señor Frutos.

Vino á suspender esta escena la aparición de la encopetada doña Trinidad, hermana de don Lucas, solterona muy atildada y pulcra en su porte y maneras, alta, desgarbada, tan severa de rostro como su hermano, muy ceremoniosa, cuya presencia, sin ser grata, tampoco causaba repulsión. Todos la saludaron con mucha cortesía y extremados cumplimientos, que ella aparentó recibir con indiferencia, aunque la ponían muy hueca, y después:

—Siéntense ustedes—murmuró pacíficamente.

—Vamos, doña Trinidad—dijo una de las visitadoras—por fin tiene usted á su lado, y ya para siempre, al sobrino. ¡Tanto que lo deseaba usted!...

—Sí, pero viene muy enloquecido con las ciencias esas que le han metido en la cabeza—murmuró el boticario.

—¿Por qué dice usted eso?—preguntó el maestro de escuela, que era un viejo pacífico y humilde, muy apreciado en el lugar.

—Porque ha estado ahí predicando libertad, y diciendo que él pertenece á la escuela positivista; y no sé qué más disparates.

—Bien—dijo doña Trinidad con sosegada voz—pero ya tendrá mucho cuidado de no disgustar á su padre ni á su tía.

—Claro—repuso la Antonia—los muchachos ya se sabe que suelen tener allá sus ideas un poquillo así, endemoniadas como yo digo; pero un joven de tanto provecho y tan bien inclinado como el Esteban, no hay miedo de que dé que sentir.

—Y que á todos cuando hemos sido de su edad—dijo don Luís—nos ha picado la mosca por algún lado. Aún me acuerdo yo cuando estudié en Salamanca, las diabluras que hacíamos. En la casa de pupilaje no había títere con cabeza: en la ciudad no había muchacha que no nos conociera de haberla enamorado y haber

recibido de ella calabazas: en la universidad todo el mundo nos conocía á mí y á otros cinco de la pandilla por los *Judas*; en fin, que aquello era lindo de veras. Y ahí tienen ustedes: mi padre me creía un bendito.

Esteban, al ver el sesgo que tomaba la conversación, creyó que era momento oportuno de divorciarse de ella para dirigir la palabra á Manuelilla, junto á la cual de intento se había sentado.

—Vaya unos ojos...—le dijo—Manuela, créeme: temía y deseaba ver tan de cerca esos ojos tan retrecheros. Deslumbran como el sol.

Manuelilla, como si aquellas frases, casi deslizadas á su oído, fueran monótono zumbido de moscas ó abejas, no contestó ni aun con los ojos, á pesar de ser ellos la causa de semejantes piropos. La tía Antonia, que no quitaba los suyos de ambos futuros, no pudo menos de morderse los labios y deplorar con toda su alma no hallarse al lado de la sobrina para haberla hecho contestar á pellizcos.

—Pues no crea usted, don Lucas—decía á todo esto el maestro de escuela—que igual que somos de grandes somos de criaturas. ¿Usted sabe la paciencia que tengo yo que tener con aquellos muchachos? El uno pinta mi retrato en alguna plana: el otro saca los algodones del tintero y los pasea sobre la mesa: aquel no se sabe la lección, y le tengo que poner de rodillas; á éste me le encuentro haciendo toritos de papel á escondidas mías dentro del pupitre; esos otros se pegan y tengo yo que vapulear á los dos...

El don Juan entre tanto redoblaba floreos y requiebros con tan fatal suerte como antes.

—Con que ¿y qué me dice de la quinta mi señor don Lucas?—preguntó el señor Homobono.

—Pues digo que eso de soltar los cuartos es un bromazo algo pesado.

—Toma, puede que no le toque al Esteban. ¿Cuántos mozos van?

—No lo decía por mí, sino por los demás. De todos modos piden seis y no hay más que siete, con que...

—¡Siete! ¿Pues cuáles son?—preguntó el dómine.

El señor Frutos los nombró:

—Esteban, Juanillico, el hijo del señor Lupercio, el de don Miguelito, Ramón el pastor, Patricio, Anselmo y el Faquimo que está en casa de la señora Victoria.

—No me alegro que venga la quinta, señores, si no es porque se lleven al haragán de Faquimo—exclamó la señora Antonia.

—Sí, es verdad—afirmó el Homobono—porque es un zopenco, que ahora ha dado en la flor de empinar el codo, pero de lo firme.

—¿Cómo?—preguntó Esteban—¿se emborracha ahora ese animal?

—¿Que si se emborracha? El día de San Antonio me mermó la bodega lo menos en seis cuartillos.

Manuelilla, comprendiendo lo que exageraba el tacaño de su tío, no pudo menos de echarle una mirada que por fortuna fué tan rápida como para pasar inadvertida, pues de otro modo hubiérase visto en los ojos de la zagala un rayo tal de ira y desprecio, que parecía una maldición.

—Y lo mejor es que la Marilela de mi hermanita—añadió la Antonia—no puede hacer nada sin aquel mastuerzo.

—¿Sí?—exclamó Esteban complaciéndose en aquel sayo que se cortaba de balde al prójimo.

—Vaya, no sabes—continuó la Antonia.—Allí se perniquebra una caballería:—«Ay, Faquimo, cura la caballería.»—Que hay que poner artimañas, para que los vencejos no piquen las coles ó las berzas:—«Faquimo, pon las artimañas que tú solo las sabes poner bien.»—

Que hay que plantar unas patatas orilla del corral por ver si allí prenden mejor:—«Faquimo, planta las patatas.»—Y nada, todo, todo es así. Claro, por eso está él tan engreído. Y luego, quién es? pues... un hijo del Moro.

—Pero es buen muchacho—objetó doña Trinidad.

Entre tanto el Tenorio volvió á sus finezas.

—Con que, vamos á ver, Manuelilla. ¿Es verdad, como me escribieron, que te has acordado de mí?... Y que preguntabas por mí?

Don Juan tuvo que repetir esta pregunta hasta tres veces, pues doña Inés parecía de cá y canto; y advertido que lo hubo la señora Antonia, saltó con una sonrisa más falsa que mula de gitano:

—Chica, Manuela: mira que te está hablando el Esteban, atiéndele.

Y concluyó la advertencia con una mirada furibunda.

Entonces Manuelilla midió al pretendiente de alto á bajo con una mirada en que no había el menor vislumbre de amor ni cosa que se le pareciera.

Pasó largo rato durante el cual Esteban pensó qué decirle, y afanoso por dar golpe, figurósele que allí encajaba que ni de molde el poético lenguaje y apasionado acento de los poemas y dramas románticos y caballerescos, que tantas veces le habían servido de entre actos, asaz prolongados, en las veladas pasadas á fin de curso con el Derecho Penal y la Disciplina eclesiástica. Él tenía excelente memoria y era consumado actor, de manera que contando por seguro cautivar el alma de la sencilla lugareña, no titubeó en decirle:

—Tú no sabes lo que me he acordado de ti; todo el día estaba diciéndote versos; ¿quieres que te los repita? verás. No creas, que los tenía en la memoria todo el santo día, nada más que para decirlos mientras me acordaba de ti.

Y le escopetó á continuación la consabida declaración de Tenorio: «Ah! ¿No es cierto, ángel de amor...» etc.

Pero como en los oídos de la sencilla zagala era aquello cosa nueva y fuera de propósito, se puso encendida como la grana.

Á todo esto el señor Frutos había tomado la palabra para contar la historia de cuándo le tocó la quinta, sin omitir detalles: las leguas que anduvo y el aceite que se bebió para menguar y no llegar á la talla, su pendencia con el tallador, el buen resultado de sus tretas y otras muchas cosas, que aunque todos los presentes le habían escuchado en diversas ocasiones, él creyó de extremada oportunidad repetirlo después de lo de Faquimo.

Esteban, creyendo que el sonrojo y visible alteración de Manuelilla era casto pudor de enamorada, entusiasmado y complacido de lo que él creía su triunfo, dijo así, con acento de cómico de la legua en drama de capa y espada:

—Hablando ahora con formalidad, debo decirte que mi corazón no ha hecho más que preguntar por ti durante la ausencia. Te quiero, muchacha, tanto, como tú puedas quererme.

A todo esto, la hora de cenar fué amagando en todos los estómagos, y algún que otro visitante hubo de hacerse cruces en la boca, porque indiscreta se le abría. Con esto comenzó el desfile, que no tardó en acabar.

—¡Oh, qué buen don Juan hago yo, tía Trinidad!—exclamó Esteban luego que se hallaron solos.—La cosa va muy bien.

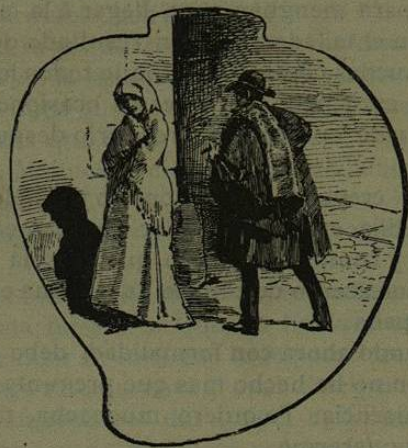
—Pues me pareció que no te hacía mucho caso.

—¡Quiá! no señora. Usted no entiende la aguja de marear como yo. Quiere hacerse de rogar. En cuanto le hablé al alma, se ruborizó. Si soy yo muy bachiller

en esto de amoríos. Si usted supiera, tía Trinidad, qué conquistas hice en Madrid!...

— Ya estás bueno, ya.

— Pero no le diga usted nada á nadie.



XVI

La ronda de San Juan

RENUNCIAMOS á transcribir el sermón de la tía Antonia, así que ella y la sobrina se hallaron sin testigos. Por fortuna, achacó á demasiada cortedad y exagerado rubor el silencio y marcado desvío con que Manuela había escuchado los floreos del *don Juan*, y llamándola boba y gatita melindrosa, la dejó en paz con el propósito firme de no corresponder á tales finezas de enamorado. Á la verdad, y usando con perdón de los lectores de una frase demasiado vulgar, el licenciadito se le había sentado en la boca del estómago; y en el parangón en que forzosamente ponía á Esteban